

336: le sucedió San Márcos, cuyo pontificado no duró mas que ocho meses y medio.

P. ¿Qué fin tuvo el heresiarca Arrio?

R. El mas funesto y desastroso. Paseábanle los eusebianos por las calles de la ciudad con tal aplauso, que era una especie de triunfo ú ovacion: encontraron al paso al obispo Alejandro, á quien quisieron obligar á que le abriese las puertas de su iglesia. El santo obispo se opuso con firmeza y al mismo tiempo hizo oracion á Dios, pidiéndole que no permitiese tal profanacion. Continuando el aplauso y la marcha hácia la plaza de Constantino, Arrio se sintió con el vientre cargado, y se retiró á una letrina pública; mas tardó tanto, que entrando en cuidado los de la comitiva, rompieron la puerta y le encontraron muerto, anegado en su sangre: habia arrojado las entrañas en una violenta hemorrágia de sangre. Tal fué el fin de este herege blasfemo, á quien veian los fieles con tal horror, que á su muerte se reunieron en las iglesias para dar gracias á Dios.

P. ¿A quién de los prelados de la Iglesia habia perseguido mas este heresiarca?

R. A San Atanasio, á quien despues de muchas calumnias y acriminaciones hizo desterrar á Tréveris. El santo sufrió la persecucion con la mas heróica paciencia; mas con tal firmeza en la fé, que su constancia lo hizo como el punto de apoyo del catolicismo, tanto que cuando San Antonio Abad halló á San Pablo, primer ermitaño, en el desierto, le rogó éste que fuese á traerle el pálio que tenia consigo del obispo Atanasio, lo que se cree que hizo para manifestar que moria en su comunión, esto es, en la confesion de la fé católica.

P. ¿Qué movió á San Antonio para visitar á San Pablo?

R. El deseo de ver si habia en el desierto algun otro anacoreta de quien pudiese tomar ejemplo de virtud, hizo que caminase por él tres dias enteros, y que hallase á este hombre extraordinario á quien nadie habia visto ni él conocia; mas luego que se vieron, se saludaron entrambos por su nombre y pasaron el dia en santa conversacion, teniendo juntos su oracion y tomando el alimento de un pan, que hacia sesenta años traia á San Pablo un cuervo cada dia. A pocos mas, cuando el Abad Antonio volvia con el pálio del santo obispo Atanasio, vió en el camino subir á los cielos la alma de Pablo entre coros de ángeles, de profetas y de apóstoles. Llegado que hubo á su gruta, halló el cuerpo del santo exánime, estribando sobre sus rodillas, las manos extendidas y elevadas á lo alto, lo mismo que el venerable rostro. Trató entonces de sepultarle, y dos leones que vinieron del interior del desierto, despues de haber hecho demostracion de lamento y de pena, abrieron con sus garras una fosa capaz de contener el santo cuerpo. Púsole en ella en efecto San Antonio, y cantando los salmos acostumbrados del funeral, compuso el tumulto y se retiró á su monasterio, dando gracias á Dios, que se hace admirable en sus santos.

P. ¿No era acaso idéntico el instituto de vida que seguian San Pablo y San Antonio?

R. Convenian uno y otro instituto en instaurar la vida en el desierto, lejos de toda poblacion y cortado todo comercio con el mundo, en vivir dedicados á la oracion y á la maceracion de la carne; mas se diferenciaban en que este primer ermitaño y todos los que despues emprendie-

ron, á su ejemplo, este género de vida, vivia cada uno absolutamente solo, sin compañía ni trato con algun otro hombre, habitando en alguna cueva ó pequeña celdilla y alimentándose de frutos silvestres; mas San Antonio y los que á su ejemplo abrazaron despues la vida cenobítica, fabricaban lauras ó monasterios en que admitian á los que querian abrazar el mismo instituto, con los que formaban comunidad, que vivia bajo de ciertas reglas y método de vida religiosa, guardando el silencio, la oracion, los ejercicios de penitencia y toda austeridad en el vestido, el alimento, la guarda de sentidos &c. Daban algun tiempo á la labor de manos, y tenian por lo comun algun ó algunos sacerdotes que celebrasen el santo sacrificio de la misa y les administrasen los sacramentos: tal es la vida ascética en que se profesa la perfeccion evangélica, que estableció el Señor en medio de su Iglesia para edificacion de ésta y admiracion de todos los siglos.

P. ¿Se propagaron de esta época en adelante tales instituciones?

R. Tanto, que en breve tiempo llegaron á poblarse de monasterios y de solitarios los vastos desiertos de la Libia, del Egipto, de la Palestina y otros de Africa y Asia; y mas adelante se extendieron por los de muchos países de la Europa: Italia, Francia, España y otras naciones vieron nacer en sus soledades, y conservaron largos siglos, estos recomendables institutos, cuando ya habian desaparecido los del Oriente y Mediodia con la irrupcion de los bárbaros y la decadencia de la Iglesia Griega. En los tiempos inmediatos á San Antonio fueron sostenidos los de la Africa y llevados al mas alto grado de perfeccion por los insignes santos Hilarion, Pacomio, Macario y otros patriarcas de estas santas familias.

P. ¿Qué pérdida sufrieron la Iglesia y el imperio á poco tiempo de la muerte de Arrio?

R. La del gran Constantino, que cayó enfermo cuando estaba haciendo los preparativos para la guerra contra los persas. Durante su enfermedad recibió el bautismo, (pues se habia mantenido en la clase de catecúmeno) é hizo testamento, dividiendo el imperio entre sus hijos; al fin espiró con muestras de la mayor piedad y religiosidad el dia de Pentecostés, á la edad de sesenta y cinco años y treinta y uno de reinado.

P. ¿Cuál fué la division que hizo del imperio entre sus hijos?

R. Al mayor, que se llamaba tambien Constantino, dejó la España, las Gálias y todo el país que está al occidente de los Alpes; á Constancio, que era el segundo, dejó la Asia y el Egipto; y al mas jóven, que se llamaba Constante, dejó la Italia, la Africa, la Sicilia y la Iliria.

P. ¿Quién de estos imitó mejor el proceder de su padre y sacó mas su genio y su carácter?

R. En Constantino fué en el que se vieron mas rasgos de aquel grande hombre, pero en grado muy inferior. Amparó y estimó mucho al grande obispo de Alejandría, Atanasio, y lo restituyó á su Iglesia, aunque mas adelante se dejó sorprender de los arrianos, que acriminaban á San Atanasio, y lo abandonó á sus maquinaciones.

Constantino el jóven fué valiente y feliz en la guerra; la hizo contra Vetranion y Magencio, y venció á éste en batalla campal.

P. ¿Qué estado guardaba el paganismo por este tiempo?

R. Iba en mayor decadencia cada dia, y los emperadores cristianos no dejaban de la mano el avance sobre él,

promulgando leyes mas terminantes en que se proscribian los sacrificios y se mandaban cerrar para siempre los templos de ídolos. Sin embargo, la Iglesia no dejaba de padecer de cuando en cuando la persecucion de los idólatras, como sucedió cuando Licinio hizo la guerra á Constantino, y en esta vez, que tambien la sufrió de parte de Sapor, rey de Persia, siendo tan cruel, que se contaron hasta diez y seis mil mártires, cuyos nombres se conservaban en los registros de aquellas iglesias.

P. ¿A qué número se calcula haber ascendido el de los mártires de los tres primeros siglos?

R. Cálculanse de diez y ocho á veinte millones.

P. ¿Y el que pueda calcularse hasta el dia, cuál será?

R. Solo puede decirse que es sumamente crecido; mas no hay datos sobre qué poder aventurar un cálculo, porque descontando los tres primeros siglos, nos quedan mas de quince, en los cuales podemos decir que jamas ha cesado la persecucion; pues si bien calmó en la mayor parte de la Europa, donde se recogió la Iglesia, ha sido siempre cruel y devastadora en la Asia, en la Africa y en varios puntos de Europa, ya de parte de las naciones bárbaras que hicieron las primeras irrupciones sobre los dilatados países que ocupaba la Iglesia, ya de parte del mahometismo, extendido por toda la Africa y gran parte de la Asia, y aun por largos siglos en la España y la Grecia, y ya de parte de los hereges y cismáticos, tanto de la antigua era como de la moderna, y ya, finalmente, de parte de los mismos idólatras en las inmensas regiones del nuevo mundo, descubiertas á fines del siglo quince y principios del diez y seis; por manera, que no puede dejar de verse la persecucion al cristianismo sino como un estado habitual de todos los siglos, y de to-

dos los países dominados por el gentilismo, ó caidos en el cisma y la heregía. Ha sido, pues, una fiera devoradora que en mas ó menos grado siempre se alimenta de la sangre cristiana. Aun solo la persecucion de la Iglesia en la India oriental é Islas del Japon y otras ejercida en estos últimos siglos, se calcula en dos millones de víctimas, ¡cuántas debe haber devorado la cimitarra del turco y del árabe establecido mas ha de doce siglos frente á frente del mundo cristiano, y sobre unos países en que llegó á borrar hasta los vestigios de la antigua Iglesia? Es, pues, incalculable el número de los mártires en toda la era cristiana.

P. Habeis producido en mí con vuestra reflexion un efecto contrario al que de ella habria de esperarse; pues en vez del desconsuelo y abatimiento que debia producir la idea de tanta mortandad, me encuentro con el entusiasmo y el aliento que excita la idea grandiosa de una religion capaz de hacer tantos millones de héroes, y de una Iglesia que pasa de la tierra al cielo en tan crecido número de víctimas sagradas que son otros tantos príncipes excelsos y triunfadores, herederos del reino celestial.

R. Así es en realidad; y por ello se ve que de ningun modo fueron exageradas las expresiones de los profetas que anunciaban esta época de felicidad y de abundancia, en que aun el mismo perder es ganar, y los dias del llanto los del mayor regocijo espiritual, de alabanza, de bendicion y canto de victoria.

P. ¿Quiénes dieron, por los años en que vamos, muestra incontestable de aquel valor propio de las almas verdaderamente cristianas que tanto se acreditan entre los hombres, y tanto mérito adquieren ante Dios?

R. Tres eclesiásticos dignísimos, que se llamaban Eu-

sebio, Lucifer y Dionisio, quienes en nombre del papa Liberio y con cartas suyas se habian presentado al emperador para procurar atraer su ánimo hácia la parte católica, porque los arrianos lo habian seducido y empeñádolo en una nueva persecucion contra San Atanasio.

P. ¿Lograron los legados del papa reducir al emperador?

R. No, porque su corazon se habia pervertido, y protegía abiertamente á los hereges: en esta vez tuvo audacia para desenvainar la espada y amagar con el golpe á los enviados, si bien no se atrevió á efectuarlo; pero mas adelante pasó á tanto la tenacidad con que perseguía al santo obispo, que llegó á desterrar no solo á obispos de gran mérito como Osio, sino aun al mismo papa Silverio, porque se negaba á suscribir á la proscripcion de Atanasio; y aun pasó á mas el obstinado Constancio, pues hizo elegir un anti-papa, que se llamaba Félix.

P. ¿De qué era anuncio esta persecucion del emperador Constancio?

R. De la que muy en breve iba á venir contra la Iglesia de parte de Juliano el apóstata.

P. ¿Cómo llegó este al trono del imperio?

R. Hallábase en Atenas estudiando las ciencias profanas, despues de haber recibido el bautismo, cuando Constancio le elevó á la dignidad de César, y le envió á las Gálias, para que hiciese la guerra á los bárbaros. Desempeñó tan bien Juliano las partes de un buen general, que despues de haber vencido muchas veces á los bárbaros al otro lado del Rhin, entró en su territorio y asoló parte de él. Entre tanto Constancio proseguía en la fatal conducta de tiranizar á la Iglesia, llegando su atrevimiento hasta ame-

nazar á los obispos reunidos en concilio, y multiplicar la celebracion de estos al antojo de los arrianos.

En estas circunstancias llegan á su noticia las victorias de Juliano y la gran fama que con ellas se adquiría, y celoso de ello, tentó el medió de debilitar á Juliano quitándole parte considerable de sus tropas; mas los soldados, aficionadas ya á Juliano, se amotinaron y lo proclamaron Augusto. Este fué el momento en que ensoberbecido Juliano por su elevacion al trono, se quitó la máscara y descubrió la perversidad de su corazon, á tal grado, que abjurando toda la fé de Jesucristo, se declaró idólatra, y protector de la idolatría. A esta sazón se hallaba Constancio en la Persia, haciendo la guerra á Sapor; mas luego que supo los avances de Juliano, volvió á Constantinopla para oponerse á su usurpacion; lo que no consiguió, porque cayó enfermo en Tarso, y murió en 3 de Noviembre de 351. Cuando se acercaba su muerte recibió el bautismo, que le administró un obispo arriano.

P. ¿Con la muerte de Constancio, ya no tendria Juliano estorbo para ocupar el trono del imperio?

R. Así fué realmente: su ascenso al trono de nadie fué disputado, ni resistidas tampoco las medidas con que de luego á luego trató de derribar á la Iglesia, y restablecer el paganismo, sin que para esto emplease los medios sangrientos de que usó despues, sino la seducccion y otras medidas con que creyó que podría hacer caer en error, ignorancia é inmoralidad á los cristianos; pero se engañó mucho, porque la religion estaba muy arraigada en sus corazones, y los que habian resistido á la seducccion y violencias de los arrianos y otros hereges, con mucha mayor constancia supieron resistir al paganismo; fuera de que por este

tiempo existían hombres sapientísimos y santísimos, como eran San Basilio, San Atanasio, San Gregorio Nacianzeno, San Apolinar y otros grandes obispos que con sus escritos y su predicacion ilustraban á la Iglesia y sostenian la pureza del dogma y la santidad de las costumbres. Al fin la persecucion se hizo sangrienta: restablecióse el uso de los tormentos, y estos fueron horribles: las iglesias eran quemadas ó profanadas: las vírgenes insultadas públicamente: los sacerdotes entregados á los tormentos y á la muerte: no se perdonaba edad ni sexo, y la matanza fué tan horrible, especialmente en la parte oriental del imperio, que los historiadores la escriben con sorpresa.

P. Fué de mucha dura esta persecucion de la Iglesia?

R. Debía haberlo sido, segun el órden natural de las cosas, porque Juliano era jóven, y porque los planes que meditaba la hubieran sistemado de manera, que hubiera costado trabajo hacerla cesar en poco tiempo y á una sola providencia; pero Dios, que vela por la conservacion de su Iglesia, cortó los pasos á aquel apóstata blasfemo.

P. ¿Cómo murió Juliano?

R. Acometido por los persas en una batalla, hacia su retirada con el órden posible, cuando una flecha que vino por el aire, sin que se conociera de dónde venia disparada, le hirió en el costado. Él comprendió bien que le heria la mano de Dios; pero no se humilló: blasfemó diciendo: "*venciste, galileo,*" y murió en la noche, sin ceder de su obstinacion. Treinta y dos años tenia de edad, y habia reinado cerca de dos. Tal fué el fin de Juliano, cuya memoria quedó para perpetua execracion.

P. ¿Quién sucedió á Juliano?

R. Joviano, militar valiente y buen cristiano: resistió

á un acto de idolatría á que á él y á todo el ejército quiso obligar Juliano: luego que fué elegido emperador, se declaró protector de la Iglesia católica, é hizo de modo que el ejército protestase la fé, abjurando la idolatría y el arrianismo, y en recompensa le protegió Dios de manera, que hallándose en medio de la Persia, pudo efectuar su retirada hasta llegar á salvo á tierras del imperio; pero ni este ni la afligida Iglesia que comenzaba á respirar, lograron la ventaja que les proporcionaba un emperador católico y piadoso, porque le sorprendió la muerte á muy poco tiempo: estaba sano y era jóven, pues no tenia mas que treinta y un años; pero se le halló muerto en su lecho sin señal alguna de que hubiera sido envenenado ó ahogado. Se cree que murió sufocado con el gas del carbon que se habia encerrado para secar su aposento. Entre las pocas providencias que pudo dictar fué una la de alzar el destierro á San Atanasio y restablecerlo en su Iglesia.

P. ¿Tuvo Joviano un sucesor digno de la alabanza á que él se hizo acreedor?

R. Succedióle Valentiniano, sinceramente adicto á la verdadera fé y de muy recomendables prendas; pero cometió el error de dividir el imperio con su hermano Valente, cediéndole toda la parte del Oriente y rigiendo él la parte occidental: Valente estableció su corte en Constantinopla y Valentiniano en Milán. Por esta medida la providencia del Señor iba destinando á Roma para que fuese la residencia del pontífice sumo.

P. ¿Por qué fué yerro el haber dividido Valentiniano el imperio con su hermano?

R. Porque Valente protegió á los arrianos y persiguió á los católicos, renovando todos los males del reinado de

Constancio. Así es que, si para lo político era excelente disposición dividir el gobierno de un imperio tan vasto, para lo religioso fué un mal en esta vez, pues Valente, declarado enemigo de la parte católica, volvió á desterrar á San Atanasio, contendió con San Basilio, y con estas y otras muchas disposiciones levantó á los arrianos y autorizó sus violencias.

P. ¿Quién gobernaba la Iglesia en esta época?

R. El papa Liberio concluyó su carrera por los años de 366 y le sucedió San Dámaso.

P. ¿Fué pacífica la exaltación de Dámaso al trono pontificio?

R. No; que desgraciadamente tuvo lugar una sedición causada por un intruso que se llamaba Ursino y que se había hecho elegir papa por unos cuantos presbíteros y diáconos, y aun consagrarse obispo por el que lo era de Tibur, hombre ignorante y grosero, que no se negó á este atentado. Los desórdenes continuaron por muchos días, repitiéndose las reuniones tumultuarias y llegando á las manos con estrago y muerte de muchos del pueblo. Al fin, la parte sana sostuvo al legítimo pontífice Dámaso, y Valentiniano desterró á Ursino con los de su partido.

P. ¿Cómo acreditó Dámaso su gobierno?

R. Con la celebración de un concilio en Roma, en que fué condenada de nuevo la doctrina del arrianismo, y los que por entonces eran sus fautores, como Valente, Ursino y otros de nombre. Se hizo estensivo este bien á la Iglesia de Oriente, porque reunidos los obispos católicos de aquellas regiones, en número de ciento cuarenta y seis, aceptaron la profesión de fé católica que les remitió el concilio de Roma, y cobró mas vigor la unidad de la fé orto-

dora. En su contestación desahogaron sus ánimos atribulados, deplorando los males que Valente y todo el partido arriano hacían sufrir á aquella Iglesia, y la mucha extensión que había cobrado esta secta en Oriente. Acreditó también su gobierno el papa Dámaso con saludables decretos y sábias constituciones con que trató de reformar los desórdenes que se habían introducido en las costumbres, y principalmente en las de la clase mas importante, es decir, la del clero, que debe ser la norma y regla de las clases inferiores; y para mejor conseguirlo se valía algunas veces de interesar en ello la autoridad imperial con severas leyes, que algunas veces por su pedido dictaba Valentiniano.

P. ¿Qué pérdida lamentable sufrió la Iglesia por este tiempo?

R. La del santo obispo Atanasio, que lleno de días y de merecimientos murió el año de 373, habiendo designado antes para sucederle en la silla de Alejandría á Pedro, varón venerable y de sana doctrina, á quien muy pronto pusieron en agitación los arrianos, protegidos del emperador Valente.

P. ¿Continuaba este persiguiendo á los católicos?

R. Sí, y con tanta osadía, que aun al santísimo Basilio, obispo de Cesarea, intentó obligar á que comunicara con los arrianos.

P. ¿Cómo se sostuvo este hombre de Dios?

R. Con la mayor intrepidez y firmeza, y al mismo tiempo, con tal modestia, tal piedad y un aire tan tranquilo y pacífico, que el emperador no pudo usar con él del estilo orgulloso y amenazante con que había creído poderlo intimidar; antes bien, cuando le vió en la Iglesia,

antes de conferenciar con él, se halló asaltado de un terror tal, que sus rodillas temblaban, y fué necesario que lo sostuvieran para que pudiera mantenerse en pié. Sin embargo, las instigaciones de los arrianos volvieron á irritarlo contra el santo prelado: resolvió desterrarlo; mas cuando disponia escribir el decreto, se le hicieron pedazos entre los dedos las plumas que tomó para el efecto: lo mismo sucedió con la silla en que tomaba asiento para escribir, y como á pesar de todo, insistiese, se le soltaron los nervios de la mano, en términos de que la convulsion no le dejó hacer letra; y esto, y el espanto en que entró, lo obligaron á tomar con ambas manos el decreto y hacerlo pedazos.

P. ¿Qué fin tuvo este obstinado perseguidor de la Iglesia?

R. Muy parecido al del apóstata Juliano. Marchaba contra los godos que habian invadido la Tracia, y al acercarse los ejércitos le llegó una diputacion de aquellos, que en buenos términos pedia se les permitiese habitar en aquel pais y se les diese instruccion de la fé cristiana que querian abrazar. Valente se rehusó con orgullo y les presentó la batalla; vinieron luego á las manos, y fué perdida por el ejército romano, que pereció todo. Valente, herido de una flecha, huyó con algunos y se refugió á una cabaña, la cual incendiaron los godos sin saber quién estaba dentro. Así pereció este emperador, y le sucedió el joven Graciano, sobrino suyo, que volvía victorioso de la guerra contra los germanos.

P. ¿Qué bien recibieron los cristianos de este nuevo emperador?

R. Alzó el destierro á los católicos, y obligó á los ar-

rianos á que les restituyesen las iglesias que les habian usurpado, y un año despues prohibió absolutamente á los hereges enseñar sus errores y celebrar reuniones.

P. ¿Con quién dividió el imperio este buen príncipe?

R. Dejó el Oriente á Teodosio, y Graciano ocupó el trono de Occidente en consorcio de su hermano Valentiniano.

P. ¿Quién era Teodosio?

R. Era español de origen y descendiente del emperador Trajano: su padre habia sido un capitán de mucha fama, y él se habia adquirido tal nombre en la milicia, que Graciano no dudó llamarlo espontáneamente al imperio, con el fin principalmente de que contuviese la invasion de los bárbaros que en gran número avanzaban por varios puntos del Oriente.

P. ¿Supo corresponder Teodosio á un encargo de tan delicado y difícil desempeño?

R. Sí, y su alma grande y su verdadera piedad hicieron que obtuviese buen éxito en sus empresas. Teodosio era cristiano católico; mas se conservaba aún en la clase de catecúmeno. Habiendo enfermado, llamó á Ascalo, arzobispo de Tesalónica, y recibió el bautismo de su mano. Recobrada la salud, se dedicó á restituir á la Iglesia de Oriente á la unidad católica, con depresion de todas las sectas de los hereges. Al efecto promulgó á 28 de Marzo de 380 una ley concebida en estos términos: "A todos los pueblos.—Los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio Augusto, al pueblo de Constantinopla.—Nosotros los emperadores, queremos que todos los pueblos de nuestra obediencia sigan la religion que el apóstol San Pedro enseñó á los romanos, la misma que se ve practicar al pon-